

Amplio Panorama de Nuestro Arte de Hoy

Por Waldemar Sommer

QUIEN visita hoy día Santiago tiene una oportunidad única. En el Bellas Artes —“Museo Abierto”— y en la Estación Mapocho se ofrece, durante nuestro mes de la patria, un completo panorama de las artes visuales de Chile contemporáneo. Si bien varios participantes concurren a una y otra, ambas exhibiciones se complementan. La ocasión, además, permite más de alguna reflexión acerca del arte nacional. En primer término, no resulta aventurado considerar que, sin o con democracia, sus rasgos personales, su pujanza creadora, su independencia electiva mantienen plena vigencia actual. También, que prácticamente toda la producción artística chilena de las décadas más recientes ha sido mostrada al público y sigue siendo ejecutada dentro de las fronteras del país. Así no hallamos pues, ahora, novedades de cualquier tipo, ni lo que cabría denominar un “destape” en el plano estético. De ese modo, las dos exposiciones constituyen más bien una síntesis que deja hacer comparaciones, deja determinar los valores relativos, deja establecer las distintas disciplinas, las tendencias diferentes que imperan entre los artistas nacionales más representativos.

Como suele ocurrir en el país con muestras multitudinarias, las premuras de tiempo para materializarlas y las limitaciones de montaje —mejor dicho, la escasez de quienes sepan de veras hacerlo— se traducen en exhibiciones confusas para el público. De esa manera, el provecho didáctico y el goce contemplativo tienden a menguar en el caso del espectador poco informado o con reducida disponibilidad cronológica. Al mejor dispuesto, en cambio, se le exige un esfuerzo que termina por cansarlo, desanimando sus afanes. Si todo ello es una realidad esta vez, debió, entonces, entregarse a los artistas más o menos agrupados en orientaciones afines y acompañados por explicaciones mínimas que pudiera leer todo visitante. Pensamos en lo que hubieran hecho establecimientos europeos o norteamericanos con material creativo tan opulento como el nuestro. Sin embargo, valga ayudar al observador presunto de los heterogéneos conjuntos del Museo Nacional de Bellas Artes y de la Estación Mapocho con algunas consideraciones globales.

¿Es parejo el interés que en la actualidad manifiestan nuestras artes visuales? ¿Dentro de cada disciplina, hay autores que destacan claramente? ¿Aparecen nombres desconocidos que, sobre la base de una obra sola, resulte imperioso destacar?

Comencemos por decir, sin lugar a dudas, que en la órbita de las instalaciones se concretan los trabajos más atractivos de este amplio par de encuentros. La originalidad, fuerza y frescura de sus planteamientos obligan a

detenerse en ellas. Asimismo, sus cultores han sabido sacar partido de los lugares asignados: desde encrucijadas de escaleras, desde pocos o muchos peldaños hasta arcos de ingreso, hasta recintos saturados ya por pinturas de siglos pasados. Tenemos, por ejemplo, las contribuciones de Francisco Brugnoli —una construcción hermosa y sugerente, con objetos vulgares, con negro y plateados; un duchampeonato umbral hacia lo desconocido—, de Gonzalo Meza —límpido contrapunto entre muros andino y berlinés—, de Ernesto Muñoz —homenaje, cuya exacerbación trágica toca fronteras de sarcasmo—, de Angela Riesco —una recreación superior de cierta labor anterior; una gruta evocadora de esferas sobrenaturales, tratada con ironía muy peligrosa—, de Mario Soro —bosque de estandartes sobre base de artefactos de desechos, camuflados por el color—, de Elizabeth Nagel y su sortilegio macabro, de Virginia Errázuriz, del grupo Angel Negro, del beuysiano y conceptual Taller de Plástica Social, de G. Díaz.

La gráfica constituye otro hito sobresaliente de la ac-

¿Es parejo el interés que en la actualidad manifiestan nuestras artes visuales? ¿Dentro de cada disciplina, hay autores que destacan claramente? ¿Aparecen nombres desconocidos que, sobre la base de una obra sola, resulte imperioso destacar?

tual cita contemporánea. Sin indicaciones de filiación, apretujados, arrinconados en un lejano segundo piso del local de Mapocho —tras la suciedad, la escalera de mármol delata tiempos mejores—, grabadores y dibujantes componen un conjunto de calidad estupenda. Demuestran el dramatismo lineal alcanzado durante los 20 años últimos. También en nuestro principal museo los artistas gráficos se encuentran bien representados; y con harta mayor dignidad. Fuera de los ejecutores famosos —por ejemplo, una La Moneda, bella y sutil, de Nemesio Antúnez—, llaman la atención otros que el público empieza ya a ubicar —Zamudio, Arestizábal, Gaete, Barraza, J.C. Castillo— o desconoce casi por entero —Montes de Oca, M.T. Williams; la verba nueva de un Ricardo Yrarrázaval—. Si el aporte fotográfico en la estación resulta pobre, el del Bellas Artes convence bastante —P. Errázuriz, A. Hoppe, M.A. Larrea—.



En el museo de Bellas Artes se presenta “Museo Abierto”, que ofrece un vasto panorama de las artes visuales contemporáneas de Chile.

La escultura, por su parte, sabe mostrar méritos sólidos en los dos lugares de exhibición. Aquí se perdona más el hecho de participar con piezas vistas con anterioridad —en ocasiones, varias veces—. El producto volumétrico demanda más tiempo y esfuerzo físico que otras disciplinas visuales. En cuanto a nombres novedosos, quizá valga la pena acordarse de ciertos escultores que elaboran madera casi al natural: Mauricio Bravo, el tronco de S. Cerón, Valderas y su aproximación mapuche; añadamos a A. Dittborn y sus fríos objetos.

Sumamente disparejo surge, entretanto, la pintura. En especial, el hall central del Museo enseña momentos de una debilidad extrema —René Poblete es una buena excepción—. En la Sala Matte mejora la situación. Con cuadros atrayentes, flamantes, se distinguen Juana Lecaros, Patricio de la O, E. Banderas, P. Israel, B. Rojo, J. Samith, etc. En medio del atiborrado ex hall ferroviario, un conocido y geométrico Mario Carreño, un original

“Ovalo” de Smythe y cierto pintor del que nada sabíamos obligan a detenerse más calmadamente. En lo que a este último se refiere, Jorge Herranz emprende en su cuadro un bien post moderno cometido: anuar a Mondrian con Caravaggio y con un cielo onírico, realista. Y el artista lo consigue. En relación al montaje de ese sector de la Estación Mapocho, la presentación resulta muy adecuada dentro de su ala sur, es decir, desde una poderosa composición cinética de Matilde Pérez hacia atrás.

Adriana Silva y Marian Salamovich exponen fotografías en el Centro de Extensión de la Universidad Católica. La segunda de ellas recurre a un barroquismo formal, donde la unidad visual tiende a irsele de las manos. Silva, por su lado, deja ver una estructuración, mucho más firme y un sentido abstracto de las imágenes. Hermosos son sus contrastes entre volantín y retazo de paisaje, sus caleidoscopios alrededor de la carpa de circo, su vacío onírico más allá del horizonte marino.